



30

ALMORAIMA

SUPLEMENTO DE CREACIÓN  
LITERARIA Y ARTÍSTICA



# ALMORAIMA

Revista de Estudios Campogibaltareños  
Número 30 - Octubre 2003  
Suplemento de Creación Literaria y Artística

## Edita

MANCOMUNIDAD DE MUNICIPIOS  
DEL CAMPO DE GIBRALTAR

DEPARTAMENTO DE CULTURA

## Dirección, diseño y maqueta

Rafael DE LAS CUEVAS SCHMITT

## Secretario de Dirección

Jesús HERRERA LOBATO

## Consejo de Edición

Mario Luis OCAÑA TORRES  
Ángel J. SÁEZ RODRÍGUEZ  
Juan Carlos PARDO GONZÁLEZ  
Andrés BOLUFER VICIOSO  
Fernando SILVA LÓPEZ  
Rafael MÉNDEZ PEREA  
Rafael FENOY RICO  
Eduardo BRIONES VILLA

## Redacción

Mancomunidad de Municipios  
del Campo de Gibraltar  
Departamento de Cultura  
Parque Las Acacias, s/n  
11207 Algeciras (Cádiz)  
Tfnos. 956 580 069 - 956 572 680  
Correo electrónico: [iecg-mmcg@wanadoo.es](mailto:iecg-mmcg@wanadoo.es)  
Fax 956 602 003

## Impresión y Fotocomposición

Impresur, S.L.  
Avda. de Italia, Blq. 7. Anexo K • Algeciras (Cádiz)  
Tel: 956 652 051 - Fax 956 587 274  
Correo electrónico: [impresur@intergrafic.net](mailto:impresur@intergrafic.net)

Ilustraciones de  
RAGEL MATTRESS

I.S.S.N. 1133-5327  
Depósito Legal CA-868-89

## SUMARIO

<b>PLAYA PATERA (TARIFA 2003)</b>	
<i>Gaspar Cuesta Estévez</i> .....	7
<b>EL MAR APAGADO</b>	
<i>Juan Emilio Ríos Vera</i> .....	11
<b>LA DECISIÓN</b>	
<i>Luis Baluarte</i> .....	15
<b>LA MUÑECA</b>	
<i>Mario L. Ocaña Torres</i> .....	17
<b>(SIEMPRE ES AQUÍ). (LA MANO Y LA ESFERA)</b>	
<b>ENTRE LOS DEDOS DE UN DIOS GLOBAL</b>	
<i>Luis A. del Castillo Navarro</i> .....	21
<b>CERCANÍA DEL PARAISO</b>	
<i>Carlos Morillo</i> .....	25
<b>EL PARAISO DEL NORTE</b>	
<i>José Villalba &amp; Vivente Gualda</i> .....	29
<b>EN LA FRONTERA</b>	
<i>Miguel Guerrero</i> .....	33
<b>HUIDA</b>	
<i>Antonio Meléndez Morales</i> .....	35
<b>LA MUJER MUERTA</b>	
<i>Nieves García Benito</i> .....	37
<b>ÁNGEL DE EBANO</b>	
<i>Carolina Serrano Hidalgo</i> .....	39
<b>SENDEROS DE SIRIO</b>	
<i>Paloma Fernández Gomá</i> .....	43
<b>AURORA</b>	
<i>José Antonio Orfila Rodríguez</i> .....	45
<b>LA LÍNEA, TU AQUÍ, YO ALLÍ, QUISIERA</b>	
<i>José Antonio González Alcantud / Trino Cruz / Khalid Raissuni</i> <i>Abderrahman El Fathi / Alberto González Troyano</i> <i>José Juan Yborra Aznar / Mario Luis Ocaña Torres</i> .....	49
<b>Juan Carlos Ragel Ramos (nota biográfica)</b> .....	51

# PLAYA PATERA (TARIFA 2003)

*Gaspar Cuesta Estévez*



Rd | E |  
03

Paseaba junto a los pretilos que separaban el paseo de la arena. Habían ido asfaltando cada vez más metros de playa con la excusa de defender mejor la ciudad de la invasión africana. Pero a la larga, el hormigón que sepultaba parte de la blanca arena de Los Lances había servido para recrear sucesivamente la crematística “primera línea de playa”. Un cartelón metálico anunciaba un nuevo avance: “Playa Patera. Viviendas de 2 y 3 dormitorios de hasta 70m<sup>2</sup>. Primera línea de playa. Ventanas irrompibles y cerrojos a prueba de inmigrantes. Guardas de seguridad armados”.

Joaquín recordó los buenos momentos pasados en esa playa hacía veinte años. Cuando las lanchas que cortaban el mar frente a él eran tripuladas sólo por pescadores o por turistas, y no como ahora, que iban pertrechadas de metralletas y dispuestas a mantener la costa limpia de pateras. Por entonces la población se volcaba ayudando en lo que podía a los africanos que se arriesgaban a cruzar el Estrecho, y la Guardia Civil ejercía una labor ante todo humanitaria.

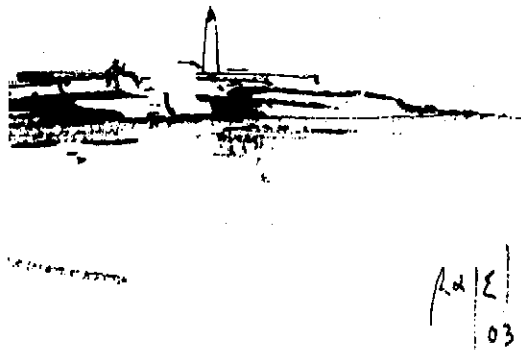
Ahora las cosas habían cambiado radicalmente. Se lo habían avisado al volver a su pueblo de vacaciones después de tanto tiempo, es verdad, pero había pensado que exageraban. Y no, no exageraban, la ola de intolerancia y miedo que estaba devastando las conciencias de los europeos había llevado al nuevo gobierno, con sede en Schengen, a sustituir a la Guardia Civil por un nuevo cuerpo especial, con agentes menos “blandos” y con gatillo rápido, amparados por la nueva Ley de Extranjería. En efecto, cualquier indocumentado podía ser abatido legalmente antes de que llegase a tierra firme, pero todos sabían que era práctica común disparar a africanos que ya estaban en la playa o en el campo y arrojarlos luego al mar. Nunca había testigos.

Porque aquel sentimiento de solidaridad de los primeros tiempos había sido secuestrado poco a poco por la propaganda gubernamental y por los medios de comunicación –cada vez más controlados por el poder–, que no dejaban de recordar las consecuencias de la avalancha africana: paro, delincuencia, enfermedades, violaciones, proselitismo islámico, repugnante mezcla de razas... Por si fuera poco, las nuevas leyes castigaban con severas penas a quienes proporcionasen ayuda o cobijo a los indocumentados.

Aun así, se sabía de la existencia de una anónima red de disidentes que se habían organizado para dar asistencia a los inmigrantes. Se decía que burlaban las alambradas que mantenían inaccesibles las playas de Punta Paloma y Bolonia, y que daban refugio a los desesperados que llegaban del continente sur escapando del infierno cotidiano.

Mientras Joaquín reflexionaba sobre todo esto, distinguió unos sonidos agudos que rompían el rítmico tableteo de un helicóptero próximo. Miró hacia las escasas dunas que aún quedaban y percibió unas manos que se agitaban, semiocultas entre unos cañaverales, y unos gritos pidiendo ayuda. Joaquín sintió un frío helado subiéndole hasta la garganta y se dio media vuelta a toda prisa huyendo de la playa. No quería mirar, sólo quería dejar de oír aquellos gritos, poco a poco sofocados por el helicóptero cada vez más cercano. Y de pronto, una ráfaga de ametralladora terminó en un alarido ya casi inaudible, fundido con la turbina de la aeronave.

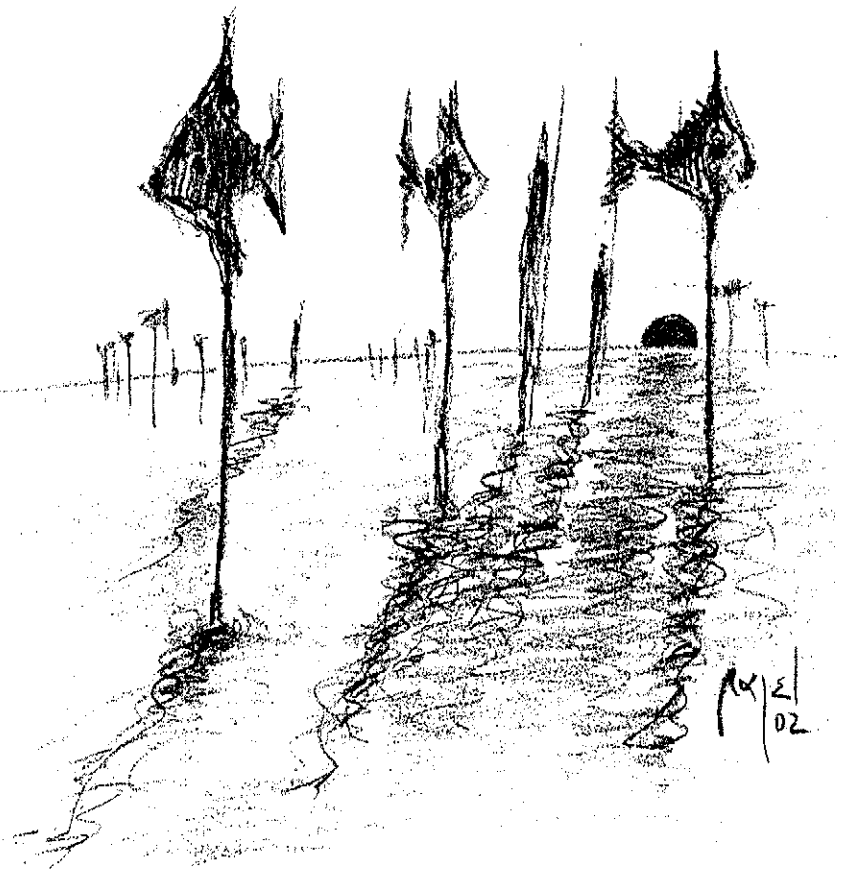
Joaquín avivó el paso y se adentró en la ciudad, las mandíbulas apretadas, los ojos casi cerrados, intentando borrar de su memoria aquellas últimas escenas, reconstruyendo los recuerdos de aquella otra época feliz y grabándolos a fuego como estampa remota de aquella playa de su juventud a la que sabía que ya no volvería más. Porque hoy tampoco había estado allí, se repetía una y otra vez sintiendo esa frase como un martillo que le dolía entre las cejas.





# EL MAR APAGADO

*Juan Emilio Ríos Vera*





Hay que acudir a las palabras  
cuando no queda otro recurso posible.  
Hay que utilizar las palabras  
como única esperanza aunque en realidad  
sean silencios disfrazados de sonidos,  
y esperar que tatúen con su voz rotunda  
la piel de cada ola, que taladren  
los cerebros cuadriculados  
y que se grabe a fuego  
en la dura cáscara de los intolerantes,  
pero es lo único que nos queda,  
la palabra, y no es poco consuelo.  
La palabra puede ser a veces como la sal  
en la herida o el dedo en la llaga,  
contundente y dolorosa o  
puede ser como una paloma de espumas  
que se deshace en el aire,  
pero siempre nos queda la palabra  
y no hay que renunciar a ella.  
Y hoy estamos aquí para denunciar  
con palabras que, ojalá se impriman

en el viento y en nuestras conciencias,  
que ese mar nuestro, ese mar luminoso,  
ha apagado otra vida, ha borrado otro nombre  
de la arena y se ha tragado su memoria,  
dejándonos ante los pies  
un cuerpo frío y sin nombre,  
un pálido corazón que se ahogó  
en su ímpetu por ser feliz  
y por ser libre bajo el cielo.  
Pero no es culpa del mar su muerte,  
no es culpa del mar tanta sangre derramada,  
tanto ahogado aliento,  
tanto papel mojado.  
Hoy el mar se ha apagado  
como una antorcha de agua.  
Y sólo nos queda la palabra  
para lamentarnos, para dibujar  
en el aire un mar sin fronteras,  
sin aduanas y sin banderas,  
un mar dispuesto al abrazo  
como un libro abierto.



# LA DECISIÓN

*Luis Baluarte*



Las circunstancias habían rodado así y no le quedaba más remedio que apechugar con las consecuencias. Ahora tendría tiempo para pensar. Los días eran largos y las noches aún más, así que su cabeza caminó de cavilación en cavilación. Y en estas mientes vino en decidir que, tan pronto como su situación mejorase, emigraría al país vecino, pues ya estaba harto de tanta tiranía y tantos atropellos. Así lo comentaba con sus compañeros de fatigas cada vez que el tema encartaba.

“Estas cosas son inaguantables. Nunca nuestro país se ha visto sometido a más tiranías que ahora. Ahora, que es cuando nos dicen que hay más libertades y más democracia; será para ellos, para los ricos, para los privilegiados. Y para las mujeres. Ésas sí que tienen libertades.”

Si alguno de sus amigotes se extrañaba y, pongamos por caso, preguntaba o comentaba: –¿Las mujeres más libres? ¿Cómo es posible eso que dices?

Entonces, él respondía raudo: “Pues sí. Cada día son más libres; estudian más, saben más y no hacen más que repetirte sus derechos: derecho a vestir como les da la gana; derecho a ir a la playa medio desnudas; derecho a salir y relacionarse con quien les da la gana. Vamos, que ya no puedes hacer carrera de una hija con las influencias de las películas y de los programas americanos que ven por la televisión. Ahí, ahí está el gran mal de nuestro pueblo: tanto programa basura, tanta relajación religiosa y de las buenas costumbres. Toda esa corrupción, todo ese mangoneo lo ha traído la democracia, la permisividad de las autoridades. ¡Antes iba a pasar eso! ¡Pero qué se va a esperar de estos políticos serviles, que sólo hacen de coro con los poderosos y únicamente buscan medrar y enriquecerse y el pueblo no les importa nada. Antes estábamos mejor, mucho mejor. Por eso, en cuanto esto se acabe, emigro”.

–Pero, hombre –le argüían algunos camaradas del patio–, cómo puedes decir eso. De sobras sabemos que allí sí que existe una tiranía, tan sólo con...

Pero él no les dejaba acabar nunca: ¡Mentira; mentiras de nuestro Gobierno y de la prensa oficial! Allí un hombre es un hombre; allí, cuando un tío da una palabra la cumple. Además, hay más trabajo que aquí. Aquí, no hay trabajo para mí, para mis capacidades”.

Algún listillo replicaba: –Pues no sé, porque esos tíos no paran de venir...

“¡Qué no, que es lo que yo os digo! Allí hay trabajo para gentes como nosotros; los que están viniendo son unos ‘mataos’, que no sirven ni para hacer puñetas. Y de las mujeres, qué me decís de las mujeres. ¡Ésas sí que son mujeres; y las hijas sin rechistar hacen lo que manda su padre! ¡Qué no, colegas, que en cuanto cumpla los dos años por zurrarles a las putas de mi mujer y mi hija emigro para Marruecos! Y si me tengo que cambiar de religión, pues me cambio y se acabó. Pues anda, que no se está bien con cuatro mujeres”.



# LA MUÑECA

*Mario L. Ocaña Torres*

Recuerdo que desde la noche anterior no pude coger el sueño. Ni abrazándome a mi hermano, con el que dormía cuando los nervios me mantenían insomne. Desde que papá anunció el martes, en la mesa, que el sábado iríamos a Gibraltar, un pellizco de inquietud me presionaba la boca del estómago. Subir a un barco era una de las cosas que más anhelaba, en aquellos días ya lejanos de mi infancia. Jamás había sido pasajera en ninguno, aunque sí tripulante de las barquillas que sacaban los copos en la playa durante el verano. A papá le gustaba mucho la mar, los barcos y la pesca. A veces, nos levantaba temprano y nos llevaba a la lonja, medio dormidos, para ver los peces que los barcos traían a tierra. Otras veces, los domingos por la mañana, nos llevaba a ver los inmensos transatlánticos que atracaban en el puerto. Siempre me daban pie a pensar en países lejanos, cálidos y multicolores. Por fin, aquel sábado, sin colegio por la tarde, mi hermano y yo íbamos a estrenarnos como marineros, aunque la singladura fuera corta y de ida y vuelta. El *Aline* no era más que un pequeño transbordador. Tanto que los días de mar agitado el paquebote no se atrevía a soltar amarras y se quedaba guarnecido junto al muelle. Pero a mi hermano y a mi nos pareció entrar en otro mundo cuando, sueltos de las manos de papá y mamá, subimos la escala y pusimos los zapatos de charol, que mamá nos había obligado a colocarnos como cuando visitábamos a la tía Isabel o íbamos a misa los domingos, sobre la cubierta de madera del viejo vapor.

Sería a comienzos de la primavera. A finales de los cincuenta. A pesar de los intentos de mamá por retenernos a su lado y de las regañinas, no paramos de zascandilear de un lado a otro del barco y, cuando éste abandonó el dique y rompió las aguas azules de la Bahía, gritamos como locos al divisar los lomos oscuros y brillantes de los delfines. Aplaudimos sus saltos y dimos vivas cada vez que realizaban una pirueta en el aire, acomodados en unos cabos adujados en cubierta. Tantos delfines vimos aquel día que, al llegar a puerto, teníamos la garganta enronquecida y el culo colorado de algún cachete que papá, cuando nos pilló, no tuvo más remedio que darnos.

De la ciudad nos gustaron, a mi hermano y a mí, las tiendas de chucherías. Había caramelos, chocolatinas, dulces y golosinas cuyos colores, formas y sabores nunca habíamos sido capaces de imaginar. Nos sorprendió la forma tan rara de hablar que tenía la gente. Es inglés, dijo papá cuando preguntamos. Empezamos a no entender algunas cosas. Mi madre compró café, azúcar, té, medias y ropa interior –lo sé porque fui con ella–. Mi hermano, que quiso venir con nosotras, se fue, refunfuñando, con mi padre a comprar tabaco. Pasamos casi toda la tarde de tienda en tienda. No

nos portamos muy mal y mis padres nos recompensaron. En la calle Real, entramos en la Casa Colorada, un almacén donde había de todo, incluso juguetes. Nos quedamos boquiabiertos, acostumbrados como estábamos al cuchitril que tenía Paco "el Barato" en la plaza de abastos del pueblo. Allí había de todo: osos de peluche, pelotas de colores, trenes eléctricos, coches de hojalata, soldaditos. Mi hermano se decidió por un balandro de velas blancas y casco azul y yo salí, como un pavo real, llevando en mi regazo una preciosa muñeca vestida con un traje rojo, de pelo rubio y ojos azules que me había cautivado con su mirada de cristal desde la estantería.

Embarcamos de vuelta cuando empezaba a anochecer. Papá saludaba a muchas personas que volvían a Algeciras. Observé –siempre fui muy curiosa– que muchos hombres llevaban trajes excesivamente holgados. De varias tallas más. Me sorprendió. Papá tenía un taller de sastrería en la calle Castelar y un detalle como ese no pasaba desapercibido ante los ojos de la más joven de sus aprendizas. Sobre todo cuando eran tantos los hombres que estaban en la misma situación. Es para pasar tabaco de contrabando por la frontera, me dijo papá, bajando la voz y acercando su boca a mi oreja. Fue la primera vez que oí esas dos palabras. Papá no intentó explicarme que significaban, quizás, pensó, que era demasiado pequeña para entenderlo. Pero se dio cuenta, al mirarme a la cara, que se lo estaba pidiendo. Me cogió de la mano –mi hermano jugaba con el balandro junto a mamá en la cubierta– y me llevó escaleras abajo. Esto es la bodega –dijo– y esos hombres son contrabandistas. Varias personas se ataban unos paquetes –de tabaco, cuarterones de picadura, me dijo papá que se llamaban– con cuerdas al cuerpo. Cuando terminaron, los trajes les quedaban como anillo al dedo. Ninguno se extrañó al ver a papá. Lo saludaron. Supe que papá tenía algo que ver con aquellos trajes. Recordaba las pruebas de algunos de ellos colgadas en los maniqués sin cabeza del taller. Pero no le pregunté. El tabaco es más barato aquí que allí –dijo papá, intuyendo mis dudas–. Si pasan la frontera, y no los pillan, pueden ganarse unas perras, no muchas, y, de paso, ayudar a sus familias. La guerra nos ha dejado una herencia de miseria y la gente tiene que buscarse la vida como puede. Deduje que en aquel asunto a alguien no le hacía gracia que el tabaco fuese de un lado a otro libremente.

Aquel cuarto tan grande olía a sudor y a ropa húmeda. Papá dijo que era la Aduana. Unos guardias de uniforme grisáceo y gorra de plato, a la luz de unas bombillas amarillentas, tras unos rancios mostradores de madera, preguntaban si teníamos algo que declarar. Papá dijo que no, que había comprado ropa –para mamá–, tabaco –para él– y juguetes –para los niños–.

Supe, mucho más tarde, que se llamaba López. El sargento López, de la Brigadilla. Me lo dijo papá. Nunca olvidaré su cara de piel oscura y su bigote, negro y grande, como de ogro de cuento; nunca olvidaré su mano gigante avanzando hacia mi muñeca. De arriba, abajo. Desde la oscuridad a la luz. No fui capaz de moverme, aunque las canillas me temblaban. Me quede petrificada cuando su manaza la cogió, sin ninguna delicadeza, despeinando sus hermosos rizos rubios. La puso boca abajo, le subió las faldas y las enaguas hasta la cabeza y luego, sospechando que quizás ocultaba en su interior algún cuarterón de picadura –como había dicho papá– le retorció el cuello y le arrancó su hermosa cabeza de piel de plástico y ojos azules de cuenta de vidrio. Por último, en un esfuerzo inútil por localizar alguna muestra de contrabando –yo ya sabía que lo que buscaba se llamaba así– hurgó con sus sucios dedos en el interior de su cuerpo, destrozando, para siempre, aquel ser adorable.



Papá, cuando llegamos a casa, arreglamos la muñeca –que ya nunca sería la misma– y consiguió, con carantoñas y arrumacos, que se me pasase la llantina, me dijo que aquello era una frontera. Una línea imaginaria sobre la tierra o el mar, inventada por los hombres para separarse unos de otros, pero no vivir juntos, para hablar lenguas distintas y adorar dioses diferentes y, sobre todo, para romper las ilusiones y los sueños de los niños.

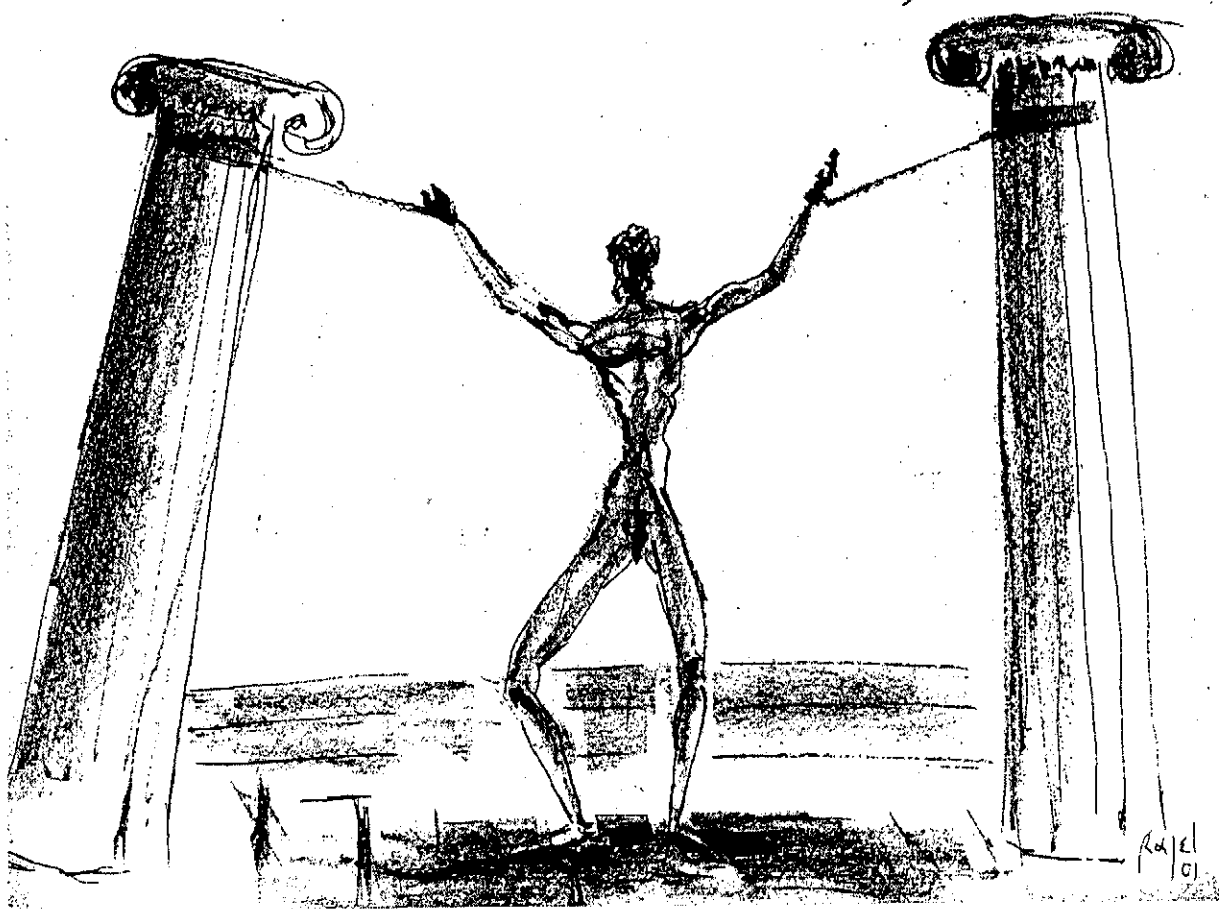
Desde entonces las odio.



(SIEMPRE ES AQUÍ)  
(LA MANO Y LA ESFERA)

# ENTRE LOS DEDOS DE UN DIOS GLOBAL

*Luis A. del Castillo Navarro*



Alguna vez, atesoré tus miradas acariciándolas  
avariento en este borde que es confin de ausencias.  
¿ Te llamabas...? Tu nombre envuelto en canciones  
al son que tu negrura engullía mi sangre.  
Para qué las palabras en este lugar  
hace muchas vidas que nosotros, amor  
somos una existencia desvanecida  
entre puñales y hachas de abordaje  
en esta frontera estrecha sin magia  
ahora fotografías despedazadas, vuelo al Levante  
de allá para acá, aquí en las *Ruinas de Baelo Claudia*.

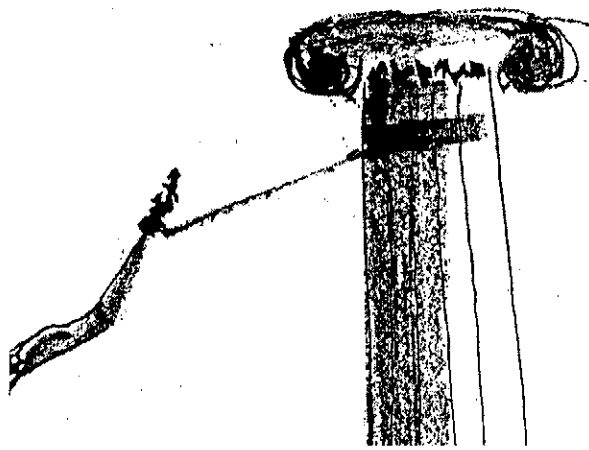
Alguna vez tú y yo, amor, seremos, fuimos libres  
para amarnos y soñarnos mutuamente. Luego  
cuando el sol de la noche apagó su hoguera  
nos odiamos. Alguna vez en esta costa de peligros  
nos perdonamos y recatamos la luna ahogada  
aquí, en el jade de este *mar estrecho y eterno*.  
Fue entonces cuando bebimos la esencia  
sorbiendo en nuestras lenguas la vida ligera  
durante los días últimos del último verano libre  
cuando allá lejos, en *el corazón del Imperio*  
dos llamaradas arrasaron nuestro mundo.

Los Pinares, 20/6/2002, por la tarde  
del día de la Huelga General.

Siempre es aquí. ¿Te has dado cuenta, amor?  
Por qué este lugar hoy, hace mil años  
ahora y hasta el final  
cuando en nuestros ojos no reste un segundo  
ni un beso tan siquiera de la *vida nueva*  
o aquellas mariposas que soñaban la risa.  
Soñaban mientras *la plaga roja y el barril*  
con toda la podre del poder rodaba,  
sí, rodaba Irish Town abajo  
para alcanzar inmisericorde Tánger  
y salpicar Algeciras con su ola desmesurada.

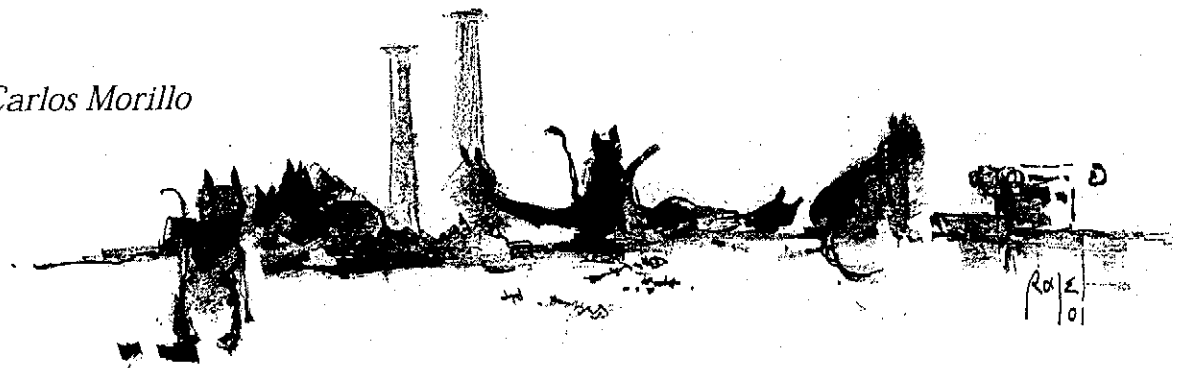
Siempre es aquí. Igual da el color de tu piel;  
me importa un comino si traes amor u odio.  
A la madrugada Hércules se despierta cabreado  
pero ya no hay tiempo para oraciones o blasfemias  
sólo queda engañar a los elefantes, animarlos  
para que beban la mezcla de agua marina y fueloil  
en un trago único que abraza el alma  
dejando intactos los vellos sobre la piel. (¿Cáscara?; tal vez mejor)  
Por qué en este lugar, a mediodía, soy Peter Pan  
mentecato ignorante que siembra ilusiones  
con veloces barcos, tritones y delfines del Estrecho.

Estás tan próxima desde allí y desde aquí  
que no extraña *la mano y la esfera*  
gesto, caricia iniciática sobre los (susurros) conjuros  
aquí, en la ribera de los gigantes,  
que millones de aspas envían girando allá.  
Atracción vital, *sirenas del XXI*  
no queda ni existirá *cera* para tapar vuestros oídos.  
Cruzar, cruzar galopando la luna hundida  
jinetes borrachos con los licores del engaño  
pobladores del Destino vuestras vidas futuras  
gavillas entre los dedos de un Dios Global.



# CERCANÍA DEL PARAISO

*Carlos Morillo*



"That is Paradise"  
Pound. Apuntes Canto CXVII

La repentina tormenta de anteayer,  
el brillo del relámpago,  
la fuerza del agua  
y el viento sonando de esquina  
en esquina.

Yo detenido en la naturaleza  
y Pound con su sombrero,  
la mano en el bastón, góndola atracada,  
afirmando que cuando el viento habla  
el paraíso está cerca.

Algunos días de noviembre cuando el sol  
escapa de las estrictas nubes negras  
las niñas se desciñen los abrigos  
y los gatos husmean entre la hierba crecida,  
el aire dándote en la cara

y Pound, con veintitrés años, en Gibraltar  
paseó entre bares y burdeles,  
sospechando que al levantarse la falda  
*el paraíso está cerca.*

Y entonces es primavera en el cementerio de Trafalgar  
y las lápidas del recuerdo llenan  
de pólen de los árboles que mezclan  
sus raíces hondas con los huesos de los muertos  
y Pound anota los nombres en fino papel  
y toma un trago de agua salina,  
creyendo que cuando se escribe  
el paraíso está cerca.

El día caducado. Lluvias. Viento.  
Desorden. Paseos. El pólen amarillo.  
Las nubes y la vida.  
Pound está muy cerca.  
Es el paraíso.





